

ESTHER FERRER

LA OBRA DE ARTE EN LA PROPIA ARTISTA

TEXTO **Fatima Otero.** Crítica de Arte

La exposición que reúne el CGAC en Compostela sobre Esther Ferrer (San Sebastián, 1937) no se presenta como una antológica pero el caso es que reúne fotografías, cuadros, objetos, instalaciones y la actividad performativa de una pionera en la práctica accionista y una de las principales figuras del arte español actual.

Previo a la inauguración de la muestra, deleitaba a sus fanes en el mismo espacio con una de sus performances en las que con su cuerpo y la palabra definía el significado de esta actividad. No parecía importar a la artista, tanto lo que decía y como lo decía, sino que iba más allá. A todo contenido performativo no le ve función Esther Ferrer, ni meta, sino que lo contempla como pura acción en el tiempo que dura, exclusivamente, mientras tiene lugar el proceso de realización.

SU PASAJE PERFORMATIVO en principio de corte didáctico, mantenía el formato de conferencia, aunque en su discurso se alejase de ella en el sentido de que lo que decía era absolutamente ininteligible, aún cuando ella ponía todo su empeño en que así fuese. Era un mensaje que abrumaba por lo inesperado y que probablemente sugería el desbarajuste existencial de nuestros días. Una actuación salpicada de accidentes o paradas tan inesperados como los baches que, metafóricamente, entorpecen el mero hecho de existir.

Restos de sus actividades performáticas se han convertido las más de las veces en

obras objetuales. Y así se ve en esta muestra comisariada por Rosa Olivares. Es entonces cuando sillas, vasos, mesas u otros objetos de uso cotidiano y empleados para muchas de sus actividades pasan a engrosar su actividad escultórica. A la entrada del *hall* sorprende una serpenteante instalación con sillas, tal escalera de Jacob, en ascensión al infinito y milimétricamente situadas. Hace hincapié en este elemento ordinario que se cruza en toda vida humana y varias veces a lo largo de un día.

LA AUTORA se vuelca en esas sillas que hacen las delicias de un hogar, cafetería o sitio de paso, con las que a diario convivimos y capaces de soportar no ya sólo el peso humano, sino un sinfín de lazos familiares. Analiza esas mil formas que ha adoptado este elemento cotidiano desde los ya lejanos diseños de la Antigüedad hasta hoy, pasando por la personal impronta dejada por los arquitectos más emblemáticos del mundo en nuestros días. Este anodino objeto que algunos lo convierten en exclusivo es todo lo contrario para Esther Ferrer. Ella usa cualquier silla, y a ser posible barata, para conseguir su propósito de seriación, repetición, ritmo y método.

La artista les imprime su orden, riguroso y matemático, y con el sentido que más convenga a cada uno. ¿Qué hacen realmente esa sucesión de sillas en un espacio expositivo? Tantas pueden ser las respuestas emitidas, como tantas las personas preguntadas. Eso es lo que realiza con una pieza sonora, una cuestión tan filosófica y trans-



'El muro de los inmortales', una de las obras de la artista donostiarra que se exponen en el CGAC

cedental como el infinito, que aún habiéndose planteado desde la noche de los tiempos no se ha conseguido desvelar. ¿Y qué hay después? Si los supiéramos no seguiría el interrogante. Tal vez atravesar la instalación del muro de los inmortales, revele algo.

ESTHER FERRER INVITA A PASARLO y seguro que al atravesarlo una y otra vez pensamos de manera diferente sobre la misma cuestión, porque como ya vaticinó Heráclito no podemos pasar por el mismo sitio por segunda vez, pues ha pasado tiempo y la pieza y el individuo no son el mismo. La autora indaga en los enigmas vitales que el universo depara y se adentra en el mundo de la ciencia cuando decide seriar los decimales o los números primos. Trabaja en este caso y se obsesiona con el sistema numérico como otrora hizo Merz, y curiosamente obtiene un resultado bello y hermoso cuando realmente no busca la estética de lo bello, sino el resultado minimalista.

EL CGAC ACOGE LA SERIE "MARCO QUE ENMARCA, MARCO QUE ENMARCA..." presentada por primera vez en Galicia en la Galería Trinta por Asunta Rodríguez, después de pasar por la Bienal de Venecia. Arriesgó Trinta con su primera individual en 2008 y acertó, ya que meses después se le concedió a Esther el Premio Nacional de Artes Plásticas. Al contar ahora con mayor espacio se permite el lujo de ampliar la propuesta instalando un enorme marco dorado para incidir en el elemento marco como motivo artístico.

Es decir, el simple marco como obra de arte.

Claro que en esta exposición pueden pasar muchas cosas, y así el marco de la Historia del Arte es una instalación en la que se adopta el juego de meter dentro de un marco un objeto con una connotación histórica del arte, ya sea surrealista, contestatario, religioso o floral. Esta propuesta objetual puede convertirse, y de hecho se convirtió, en performance. Para ello la artista hizo de equilibrista al poner marcos sobre su cabeza. Esa idea de equilibrio como elemento de precariedad, que puede desequilibrarse cuando menos se lo espera, es algo común en la vida misma, y como Esther demuestra, también en el mundo del arte.

Un reiterado movimiento, tan sencillo como recorrer un cuadrado de todas las formas posibles, incide en otro parámetro reiterativo en su trabajo que es la repetición. Invita así la artista a recorrer en distintas combinaciones ese cuadrado o a jugar con él en el espacio. También se atreve con finos hilos a atrapar el espacio en la galería Trinta, que se presenta simultáneamente en el tiempo junto a la muestra del CGAC, aunque con piezas de años atrás. No importa la distancia temporal ni el año de ejecución: la intención es la misma. Tensa en ambos espacios un tejido minimalista, tejido por el hilo de Ariadna, hilvanando el tiempo que sigue su ritmo de tic tac. Así, puede hilar diferentes fotografías en años distintos mostrando las huellas ocasionadas por el paso de la edad. Su trabajo parece seguir la senda del dadaísmo,

de rescatar la idea de Duchamp, las aportaciones de Satie, el valor del silencio en una especie de antiarte.

Consciente de que las ideas no la visitan a diario, retiene y reitera las más ingeniosas para insistir una y otra vez en esos cuatro movimientos en los que recurre su producción: tiempo, infinito, repetición y presencia. Mucho tiempo es lo que hace falta para concluir estas series, y tiempo se necesita para comprender unas propuestas que en principio son muy fáciles, y quizá por eso resultan tan complejas.

COMPLETA MUESTRA LA DE ESTA ARTISTA que no ha cambiado el estilo de su arte porque realmente sus pasos se han seguido de lejos, como se valoró muy tarde su trayectoria, pero lo que sí cambia con ella es una concepción artística contado siempre a su manera, desde la absurda e inesperada naturalidad. Por eso usa elementos efímeros, objetos cargados de recuerdos profundos, precisamente para recalcar la normalidad de hechos nimios, que en principio nos parecerían intrascendentes, en un intento de incidir en la memoria y el tenue recuerdo, que de pequeño, se engrandece en sus manos.

En definitiva, un estilo que mira a la realidad sencilla, no la cambia, pero sí la ordena y sobre todo se permite comprender mejor hechos banales o absurdos, y recalcar que el camino por ella recorrido es un arte sin pretensiones. Nos encontramos ante una obra discutible y discutida a la que hasta hace muy poco no se la untó con la pomada que demandaba.